

Saqueo

El arte de robar arte

SHARON WAXMAN

T

TURNER NOEMA



Saqueo

El arte de robar arte

SHARON WAXMAN

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER

COLECCIÓN NOEMA



Título original:

Loot.

Forty Years in the New York Art World

Copyright © Sharon Waxman, 2008. All rights reserved

Edición original en inglés: Times Books, Henry Holt, 2008

© Sharon Waxman, 2008. All rights reserved

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-22-3

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Para Art Buchwald, Sparky Schulz,
Joan Goodman y William Paris,
mentores a quienes echo mucho de
menos.

Contemplé las balsas, hasta que desaparecieron tras un saliente de la ribera en un tramo distante del río. No pude evitar reflexionar sobre el extraño destino de sus cargamentos; que, tras haber adornado los palacios de los reyes asirios y haber sido objeto del asombro, y tal vez de la adoración, de miles de personas, permanecieron enterrados e ignorados durante siglos bajo un suelo que pisaron los persas de Ciro, los griegos de Alejandro y los árabes de los primeros sucesores de su profeta. Ahora visitarán la India, cruzarán los mares más remotos del hemisferio sur, y finalmente serán colocados en el British Museum. ¿Quién puede aventurarse a predecir cómo terminará su extraña carrera?

El arqueólogo Austen Henry LAYARD, al enviar a Inglaterra en 1849 un toro y un león alados y gigantescos del palacio asirio cerca de Mosul, en el actual Irak.

INTRODUCCIÓN

Lo de Zahi Hawass fue lanzar una bomba sobre los planes cuidadosamente diseñados de otra persona. Un día soleado y ventoso de junio de 2006, docenas de reporteros y periodistas, cámaras y micrófonos aguardaban en el Field Museum de Chicago una noticia que no podía ser menos controvertida: la inauguración de una exposición de los tesoros del rey Tutankamón, que Egipto no prestaba desde 1977.

Hawass, el carismático secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades (CSA) de Egipto, sentado en la primera fila, se preparaba para una pelea. A medida que escuchaba las palabras de Randy Mehrberg, portavoz de la empresa que patrocinaba la exposición –la multimillonaria compañía eléctrica Exelon–, el disgusto de Hawass iba en aumento. Mehrberg, al ensalzar las maravillas del antiguo Egipto, mencionó que John Rowe, el presidente ejecutivo de Exelon, era un ferviente egipciófilo y que tenía en su oficina el sarcófago de una momia. Hawass, vestido pulcramente con traje y corbata, no perdió un segundo. Caminó hasta el estrado y se fue directo a la yugular. “Nadie tiene derecho a poseer un objeto [\[1\]](#) como ese en su oficina ni en su casa”, declaró indignado; con lo que dio una buena patada en el estómago al benefactor de la exposición y dejó helados a los funcionarios del museo. “¿Cómo puede patrocinar una exposición como la del rey Tut y a la vez tener un objeto así

en su oficina?”. Rowe debería entregar el sarcófago a un museo, dijo Hawass, o enviarlo de regreso a Egipto. De no hacerlo, habría consecuencias.

¿Qué tipo de consecuencias? Hawass tenía muchas en mente. No importaba que el sarcófago –un ataúd de madera de dos mil doscientos años de antigüedad con motivos y jeroglíficos pintados– fuese propiedad privada de Rowe. No importaba que se lo hubiese comprado legalmente a un comerciante acreditado. No importaba que Rowe dirigiese una de las mayores empresas de servicios públicos del país, ni que hubiese sido uno de los principales donantes del presidente George W. Bush^[2], con quien se hallaba recorriendo centrales eléctricas el día de la rueda de prensa en el museo. Nada de eso importaba en este caso. Durante los dos días siguientes, Hawass comenzó a presionar; amenazó con retirarse de la exposición y advirtió que si Rowe no renunciaba al sarcófago o retiraba el patrocinio de Exelon, Egipto rompería las relaciones con el museo y sus socios.

Dentro del museo cundió el pánico. La exposición estaba a punto de abrir sus puertas a un público de aproximadamente un millón de visitantes y la noticia ya había llegado a la primera página del *Chicago Tribune*. Hacia el final del segundo día, John Rowe reaccionó. Accedió a prestar por tiempo indefinido la pieza; un objeto de valor medio, que realmente no estaba a la altura de las salas del Field Museum. Casi se pudo oír el suspiro de alivio de los administradores del museo: “Ha sido una solución muy, muy feliz^[3] para todo el mundo”, dijo una portavoz. “Estamos muy complacidos”. Un funcionario de Exelon añadió: “John adora el Field Museum y se alegra de compartir la pieza”. Finalmente Hawass se aplacó y durante la cena, en la noche de la inauguración, era todo encanto y sonrisas. “Mr. Rowe ha sido muy gentil al aceptar que el ataúd sea entregado al

Field Museum”, dijo. “Eso pondrá fin al proceso y permitirá que todos hagamos las paces”.

¿Hacer las paces? ¿Compartir? Qué bonito. Nos es precisamente paz y generosidad lo que flota en el ambiente de los museos hoy en día, ni tampoco en los países que dieron origen a las grandes civilizaciones del mundo antiguo. Por el contrario, ha habido demandas judiciales y procesos penales, situaciones bochornosas y amenazas implacables. En los últimos tiempos, se ha venido librando una especie de tira y afloja en torno a la posesión de objetos antiguos que constituyen el patrimonio de la humanidad. Antigüedades y monumentos han sido arrancados del suelo y enviados al otro extremo del mundo durante los últimos doscientos años y muchas de estas piezas residen ahora en las inmensas colecciones de los grandes museos de Occidente. ¿Deberían quedarse donde están –en el Louvre, en el Met, en el British Museum, entre otros–, cuidadosamente expuestas y preservadas, accesibles para una ferviente multitud de visitantes de todo el mundo? ¿O deberían ser devueltas a sus países de origen, tal como clama, de forma cada vez más notoria, un coro de insatisfacción por todo el mundo antiguo?

En abril de 2007, Zahi Hawass anunció que Egipto pediría prestadas^[4] a distintos museos de Europa y Estados Unidos cinco piezas emblemáticas (aunque también ha dicho que pretende lograr su devolución permanente), entre ellas la piedra de Rosetta y el famoso busto de Nefertiti; sin embargo, no pierde ocasión de armar un buen jaleo a cuenta de piezas menores como la de John Rowe. De cara a la inauguración de un museo moderno al pie de la Acrópolis, el gobierno griego renovó su campaña por la devolución de los Mármoles de Elgin, las esculturas que el conde Elgin había retirado del Partenón en 1802 y que se conservan en el British Museum. Italia llevó a cabo una campaña incesante contra museos, tratantes y coleccionistas, a favor

del retorno de objetos que, según afirma, fueron desenterrados ilegalmente y sacados de contrabando de su territorio. Esta campaña culminó con un proceso penal de dos años contra la conservadora estadounidense Marion True y con un acuerdo con el antiguo empleador de True, el J. Paul Getty Museum, en agosto de 2007, para que se devolvieran cuarenta objetos de su colección permanente.

¿Es esto justicia histórica, un resarcimiento de los antiguos agravios de la era imperialista? ¿O es un ajuste de cuentas por parte de los líderes frustrados de las naciones menos poderosas? ¿Y por qué ahora, súbitamente, ha cobrado tanta fuerza este tema? La batalla por los tesoros de la antigüedad tiene como base un conflicto acerca de la identidad y al derecho de reclamar aquellos objetos que son sus símbolos tangibles. En una época en que Oriente y Occidente libran una batalla campal en torno a las ideas básicas sobre la identidad (libertador o invasor; terrorista o defensor de la libertad), las antigüedades se han vuelto un arma más en este choque de culturas y otra manifestación del abismo que las separa. Irónicamente, esto socava la misma razón de ser del intercambio cultural, que es el estrechamiento de los lazos y el aumento de la comprensión mutua.

En cierto sentido, la batalla por las antigüedades forma parte de un cambio de época. Hubo un tiempo en que estos objetos estaban vinculados a la identidad nacional de los imperios occidentales. Desde el siglo XVI en adelante, la cultura europea se convirtió en la fuerza dominante en el mundo, se expandió por continentes enteros, destruyó civilizaciones del pasado, y reclamó como suya la historia antigua. “Nunca antes una sola cultura se había extendido por todo el globo”^[5], escribe el historiador J. M. Roberts. Este cambio cultural fue un proceso en una sola dirección.

“Los europeos salieron al mundo; este no vino a ellos”, añadió. Con excepción de los turcos, ningún pueblo no europeo entró nunca en Europa. Y tras conquistar las culturas extranjeras, Europa se traía a casa los trofeos que le apetecían, además de los esclavos, las especias, los tesoros y las materias primas. La era imperial, que comenzó en el siglo XVIII, culminó con la apropiación de las culturas antiguas para mayor gloria del poder europeo. En primer lugar, la historia clásica –la Grecia y la Roma antiguas– fue adoptada como símbolo de refinamiento y de buen gusto; sus monumentos eran buscados e imitados por los imperios que aspiraban a la supremacía. Más tarde, en los albores del siglo XIX y con el redescubrimiento del antiguo Egipto por Napoleón Bonaparte, las momias y las pirámides se convirtieron en los nuevos y obligados símbolos de estatus, y esta fascinación fomentó el auge de la investigación científica sobre el pasado. En las décadas siguientes, el descubrimiento de la antigua Mesopotamia y su mirada de civilizaciones supuso el acarreo de tesoros y monumentos hasta las salas de los museos, esos templos culturales de Occidente. En el siglo XX, las posesiones occidentales se fueron extendiendo hasta incluir tesoros de Asia, Latinoamérica y África.

Hoy en día, vivimos una era diferente. Mientras las naciones que fueron colonizadas trabajan por su autonomía, los países que alguna vez fueron despojados de su historia buscan reafirmar su identidad e independencia mediante aquellos objetos que los vinculan con su pasado. Las demandas de restitución son una forma de reivindicar la historia, de hacer valer un imperativo moral ante los que fueron sus opresores. Los países que continúan a la sombra de imperios más poderosos intentan recuperar los símbolos de la antigüedad y de la época colonial para dar brillo a su propia mitología nacional.

A quienes aman los museos, valoran la historia y les fascina la antigüedad estos argumentos pueden parecer

extraños. ¿A quién le importan los mitos nacionales? ¿Qué hay de los objetos en sí mismos? ¿No pertenece el pasado a toda la humanidad? ¿No están los museos para exhibir los grandes logros del arte y de la civilización humana? Bueno, sí. Por supuesto.

Pero las políticas culturales cambian y los museos cambian con ellas. Actualmente, los museos tienen un conflicto ético sobre su razón de ser y su filosofía. Antes, los museos occidentales podían argüir que su misión era impedir que los antiguos objetos fueran destruidos en sus pobres e inestables países de origen. En algunos casos – como Afganistán e Irak– esto sigue siendo cierto y los museos de Occidente continúan cumpliendo una función esencial como guardianes del pasado. Pero muchos países en vías de desarrollo, con civilizaciones antiguas bajo su suelo, consideran que están listos para tomar las medidas necesarias y hacerse cargo ellos mismos. Quizá sea hora de permitir que lo hagan, y de devolverles algunos de sus objetos, o todos.

Durante la mayor parte de los dos últimos siglos, el tema ha estado latente, oculto bajo el brillo de las exposiciones en los grandes santuarios culturales de Occidente y sin ser sometido al debate público. Yo me preguntaba muchas veces: ¿es solo el público lego e ignorante el que, cuando contempla el colosal busto de Ramsés II en el British Museum, se pregunta cómo fue a parar allí? ¿Es solo el visitante inculto el que, al mirar la altísima columna del templo de Artemisa en el Met, se pregunta por qué está allí? Cuando era estudiante, visité el soberbio Museo de Pérgamo en Berlín, con su altar de Zeus, y me maravillé de su belleza, al tiempo que me preguntaba cómo habría llegado allí una edificación entera procedente de Anatolia central, en Turquía. (Y asimismo, ¿cómo llegaron los obeliscos egipcios a las plazas del Vaticano y del centro de París?). Asombrosamente, los museos casi nunca ofrecen de buen

grado esta información. Son verdaderos agujeros negros cuando se trata de arrojar luz sobre la historia decimonónica –y del siglo XX– de los objetos antiguos que albergan.

Sin embargo, la controversia en torno a los Mármoles de Elgin lleva casi doscientos años en la opinión pública, avivando las llamas del nacionalismo en ambos bandos. Las autoridades del British Museum han rechazado continuamente la petición de los sucesivos gobiernos griegos por una razón primordial: no quieren crear un precedente. Los administradores del British Museum temen que si este entrega los Mármoles de Elgin, los museos pronto se verán vaciados de sus antiguos tesoros. Este mismo temor llevó al museo a encubrir su propia negligencia en el cuidado de las esculturas durante la década de 1930. Este temor impera hoy en día en el mundo de los museos, cada vez con más razón.

El dilema moderno de la restitución surgió por primera vez en la década de 1970, cuando los arqueólogos, los periodistas con iniciativa y los funcionarios públicos se dieron cuenta de que el saqueo no era cosa del pasado. El auge en Occidente de un mercado para las antigüedades, tan vasto y variado que incluía esculturas de las Cícladas, estelas mayas, tallas de templos budistas y vasos griegos estaba fomentando la destrucción sin escrúpulos de yacimientos arqueológicos en lugares tan distantes entre sí como Guatemala, Costa Rica, Camboya, Grecia, Italia y Turquía. El apetito por la belleza antigua estaba destruyendo la historia, y los museos de Occidente, con su participación en la demanda de objetos, estaban contribuyendo a esta pérdida del conocimiento. En su famoso libro de 1973, *El saqueo del pasado*, el periodista Karl Meyer abordó la mayoría de las cuestiones y citó al menos unos cuantos casos, que continúan definiendo este problema en la actualidad: la connivencia entre museos y traficantes de antigüedades; la falta de exigencia de una procedencia legítima a la hora de adquirir obras de arte; la

aceptación de procedencias sospechosas, que se lleva a cabo haciendo la vista gorda; la cadena de actores en el proceso de contrabando de antigüedades, desde los ladrones de tumbas, pasando por los intermediarios anónimos y los restauradores, hasta los traficantes que colaboran con las subastas, o que venden directamente a coleccionistas ricos; la ausencia de leyes internacionales claras que regulen todo esto.

Pero el mundo ha evolucionado a lo largo de las tres últimas décadas, y la conciencia pública se ha ido sensibilizando con respecto a las diferencias culturales de todo tipo, incluido el concepto de saqueo cultural. En 1970, la UNESCO –el organismo para la educación, la ciencia y la cultura de las Naciones Unidas– aprobó una resolución que prohibía la exportación y traslado ilegales del patrimonio cultural; muchos países la adoptaron para detener el contrabando de antigüedades. Estados Unidos se sumó a ella en 1983. La creciente cultura de lo “políticamente correcto” sirvió para despertar muchas conciencias en el mundo de la arqueología y los museos en relación con las peticiones de restitución, y algunas personas en estos círculos se afanaron por expiar los pecados de los siglos XIX y XX. Mientras tanto, la restitución del arte robado era un tema que iba adquiriendo relevancia. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, los supervivientes del Holocausto y sus herederos se armaron de valor y exigieron la devolución de los cuadros y demás obras de arte que los nazis habían confiscado durante la Segunda Guerra Mundial. Algunas de aquellas pinturas habían ido a parar a museos nacionales de Austria, Francia, Holanda o Estados Unidos, o estaban en manos de coleccionistas privados que no tenían reparo en adquirir obras de procedencia sumamente dudosa. La propiedad de estas fue cuestionada con éxito en pleitos judiciales que recibieron una amplia cobertura en la prensa. Se retiraron los cuadros de las salas de los museos y se entregaron a los descendientes de los perseguidos,

queriendo con ello brindarles un poco de justicia a las víctimas asesinadas. Los países que habían sido despojados de sus antigüedades tomaron nota.

Y por último, también la política mundial ha desempeñado un papel. Los cambios en el mundo tras la caída de las Torres Gemelas han contribuido al auge de la restitución como tema político candente. Oriente y Occidente están separados no solo por sus visiones del mundo, sino también por sus perspectivas culturales. La división entre poderosos e impotentes se expresa tanto en la violencia de los atentados suicidas como en la tirantez del diálogo sobre los objetos bellos de la antigüedad. En las batallas por la restitución, se aprecia una reacción a la supremacía política y militar de Estados Unidos, así como restos de ira contra el colonialismo europeo. Asimismo, las reacciones de los países occidentales a menudo han sido de tal arrogancia que han servido para avivar las llamas del sentimiento de ultraje a la dignidad nacional.

Pero no hay respuestas fáciles. No está tan claro qué es lo justo y qué lo injusto, excepto en el caso del arte robado por los nazis. El contexto influye. Los detalles cuentan. Las líneas generales de la polémica terminan por distorsionar la situación en lugar de aclararla. Cabría preguntarse, por ejemplo: ¿es justo analizar con ojos modernos unos acontecimientos que datan de hace doscientos años? ¿Es correcto utilizar palabras como *robado* y *saqueado* para cosas que fueron tomadas cuando la arqueología se hallaba en su primera infancia y cuando los primeros exploradores hacían lo que creían mejor? El saqueo, después de todo, no comenzó hace doscientos años. Los ladrones de tumbas son casi tan antiguos como las tumbas de los propios faraones. Es en nuestra era moderna cuando la idea de “botines de guerra” ha cobrado una connotación negativa; alguna vez dichos botines fueron simplemente un resultado razonable

de las hostilidades. Y ¿dónde deberían detenerse los interesados en nivelar la balanza de la justicia? Los antiguos romanos robaron obeliscos de Egipto y los escultores renacentistas los recubrieron de ornamentos. ¿Deberían ser desmantelados estos monumentos para devolver a Egipto los obeliscos? ¿Deberían devolverse a Constantinopla, de donde fueron tomados en 1204, durante la Cuarta Cruzada, los cuatro caballos de bronce del techo de la catedral de San Marco en Venecia? ¿O habría que devolvérselos a Roma, ya que supuestamente adornaban el arco de Trajano antes de que fueran llevados a Constantinopla? O quizá sería mejor devolvérselos a los griegos, quienes, se piensa, fueron sus artífices originales en el siglo IV a. de C. Quienes pretendan desenredar la madeja de la historia no tardarán en tropezar con acertijos como estos. A medida que evoluciona el debate sobre la restitución, aparecen nuevos rompecabezas. Por ejemplo, este: en 2007, unos exploradores submarinos estadounidenses, en aguas internacionales cercanas a la costa de España^[6], encontraron un galeón español que había sido hundido por un navío de guerra inglés en 1804. En la nave, los exploradores encontraron oro y otros tesoros por valor de quinientos millones de dólares. Alegando que aquello era su “patrimonio cultural”, España se apresuró a reclamar el pecio y presentó una demanda ante un tribunal federal de Tampa, Florida. Pero entonces Perú intervino con lo que parecía una pregunta relevante: ¿aquel oro no había sido robado a los ancestros incas de los peruanos? Y de ser este el caso, ¿no debería serles restituido a ellos?

Es posible que al final de este viaje el lector tenga más preguntas buenas que buenas respuestas. El tema tiende a generar exageraciones entre los activistas de derecha y hasta los observadores mejor intencionados pueden equivocarse. En 1973, Karl Meyer escribió en el prólogo a *El saqueo del pasado*: “Dado el ritmo actual de la

destrucción^[7], puede que para el fin del siglo todos los principales yacimientos arqueológicos inexplorados hayan quedado irrevocablemente estropeados o saqueados. Estamos presenciando algo equivalente a la quema de la biblioteca de Alejandría por los romanos, aquella catastrófica hoguera cuyas llamas consumieron gran parte de la sabiduría de la antigüedad". Bueno, no. El contrabando rampante continuó hasta más allá del fin del siglo, pero lo cierto es que los yacimientos arqueológicos todavía existen. Hay posturas enfrentadas en todas las facciones. Las autoridades e instituciones más solemnes caen en la mentira, la distorsión y la prevaricación, siempre al servicio de la argumentación que más les conviene. Los museos son expertos en historia selectiva. Hasta hace poco, les bastaba con aducir que los europeos se habían encargado de salvar los derruidos, abandonados y destrozados monumentos de Egipto; que habían rescatado las esculturas del Partenón de las garras de unos salvajes como los turcos y que habían inventado, de paso, la arqueología moderna; que los museos norteamericanos habían estado comprando objetos que, de otro modo, habrían desaparecido de la vista del público. Estos argumentos no resisten el embate de algunos hechos contradictorios: es obvio que el nacionalismo y la codicia son los que han animado el coleccionismo de antigüedades; los conservadores y funcionarios de los museos han hecho la vista gorda ante la procedencia de objetos que, como bien saben, probablemente sean fruto del saqueo.

Al mismo tiempo, los países que claman por la restitución se enfrentan, a su vez, a una dura realidad: sus museos están lamentablemente desorganizados y desprovistos de fondos. A menudo carecen de una política de conservación apropiada, e incluso de inventarios básicos. En muchos casos, estos países son incapaces de garantizar la seguridad de los monumentos y tesoros que están bajo su

control. Campa la corrupción; los objetos se roban; el saqueo continúa. Es más, con frecuencia la retórica de los países de origen está muy por delante de su capacidad real para proteger las antigüedades, al tiempo que desconectada del interés de la población local.

Para abordar un tema tan vasto, me he concentrado en aquellos países que han abogado agresivamente por la restitución de antigüedades: Egipto, Turquía, Grecia e Italia. Paralelamente, me he centrado en museos importantes de Occidente cuyas colecciones de antigüedades se han visto cuestionadas, y que han afrontado las demandas de restitución más relevantes: el Louvre, el Met, el British Museum y el J. Paul Getty Museum. Viajando por una docena de ciudades de ocho países y entrevistando a multitud de personas, he procurado llegar a la verdad que reside tras las acusaciones y demandas de los museos y de los países de origen; no como historiadora del arte ni como arqueóloga, sino como una periodista apasionada por las culturas extranjeras de todo tipo, y con un gran amor por los museos, que fueron los que despertaron en mí esta pasión.

Las cuestiones que surgen en estos conflictos ponen sobre la mesa temas de mayor alcance, que afectan al intercambio cultural en todo el mundo. ¿Cómo llegamos a esta encrucijada, y cómo procederemos de aquí en adelante? Puede que las respuestas a estas preguntas no sean sencillas, pero son decisivas para la supervivencia de los objetos que constituyen nuestro patrimonio humano común.

PRIMERA PARTE

FARAONES Y EMPERADORES

EL GRAN ZAHÍ

Aquel hombre, rodeado de admiradores en el café Abou Ali del hotel Nile Hilton -un sitio tranquilo al aire libre con muebles de mimbre y camareros serviciales justo detrás del Museo de El Cairo-, no estaba en plan de descanso. Era un sábado de julio, con treinta y ocho grados a la sombra, pero las palabras “fin de semana” y “ola de calor” no significaban gran cosa para Zahi Hawass, secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades y principal promotor egipcio de todo lo faraónico.

Guapo, con el cabello espeso peinado en rizos apretados, vestido con vaqueros y con una elegante camisa naranja recién planchada, Hawass estaba de un humor excelente. Acababa de conceder una entrevista para la televisión sobre la faraona Hatshepsut, cuya momia decía haber identificado a partir de un diente recién descubierto en un sarcófago olvidado hacía tiempo. Llevaba una semana sacando partido a esta noticia, ultimando detalles, realizando TAC y estudios de ADN, para preparar un programa televisivo llamado *Secretos de la reina perdida de Egipto*, que iba a ser transmitido pocos días después por el Discovery Channel. La gran faraona, por lo visto, era obesa y padecía diabetes y cáncer.

Hawass afirmaba estar momentáneamente escondido, tras haber declinado la mayor parte de las solicitudes de los medios para aquel día. Tres llamadas sonaban inútilmente en su móvil: la cadena de televisión por cable Al-Jazeera, la agencia de noticias Orbit de Arabia Saudita y Beiti-Beitak, un popular programa local. Todos ellos querían saber qué pensaba Hawass acerca del nuevo concurso para elegir las Siete Maravillas del Mundo Moderno, cuyos resultados se iban a dar a conocer al día siguiente. Hawass había entrado en este torbellino promocional hacía algunas semanas, cuando retiró, indignado, las pirámides de aquel concurso. Dijo que las pirámides habían sido una maravilla del mundo desde la antigüedad, y que no necesitaban competir con la Torre Eiffel o con el Cristo gigante de Río de Janeiro por una legitimación contemporánea. En vez de eso, el organizador del concurso –un promotor turístico suizo– otorgó a las pirámides un estatus honorario, pero Hawass rehusó reconocer esta deferencia. Ignorar el concurso resultó una ingeniosa estrategia mediática, que permitió que las pirámides encabezasen el reparto, figuraran en la lista o no, e incrementó la presencia de Hawass en los medios el día en que se anunciaron los resultados, los comentara él o no. (Curiosamente, los griegos también retiraron el Partenón del concurso pero nadie pareció notarlo). En realidad, Hawass había dado instrucciones a uno de sus asistentes sobre lo que debía decir exactamente en el noticiario de las nueve. “¿Por qué será que solo me quieren a mí?”, preguntó con fingido asombro mientras el móvil bailaba sobre la mesa de centro. “Porque yo sé hablar bien. Siempre estoy enviando a mis asistentes. Pero Dios me dio este don. Nunca en mi vida he pedido salir por televisión”. Sonó el teléfono. “*Aiwa, ustaz*”, dijo. (“¿Sí, señor?”). Ni entrevistas ni reuniones le impiden al buen doctor contestar su móvil.

Zahi Hawass es uno de los egipcios más admirables de la era moderna. Sabe expresarse muy bien, posee una educación occidental (se doctoró en la Universidad de

Pensilvania) y una sagacidad mediática que es rara en su campo, rara en su cultura, e infinitamente irritante para sus rivales. También para sus aliados. Es el arma menos convencional del gobierno egipcio. Nadie en el Ministerio de Cultura sabe nunca lo que Hawass puede llegar a decir. Y sin embargo, casi sin ayuda de nadie, ha despertado a Egipto de su letargo cultural en relación con sus tesoros faraónicos y ha generado en el extranjero un entusiasmo renovado por el pasado egipcio. Es un hombre que obtiene resultados: logró que el parlamento egipcio revirtiera una ley, para que los tesoros del rey Tut pudiesen viajar al extranjero por primera vez en veintiséis años, y al mismo tiempo negoció los términos de una exposición en diversas ciudades, que recaudó decenas de millones de dólares para el país; algo que nunca antes se había hecho.

Zahi Hawass ha conseguido esto gracias a su don innato para la autopromoción y su capacidad para encontrar siempre el gancho que le garantice los titulares de todo el mundo. Su instinto para explotar la debilidad de Occidente por el encanto del Egipto faraónico divierte a los especialistas en antigüedades y a los observadores más sofisticados de Egipto, especialmente cuando estos grandes “descubrimientos” ocurren justo antes de la emisión de algún programa especial sobre ellos. Esto es justamente lo que ocurrió con la noticia de la identificación de la momia de Hatshepsut en junio de 2007, a pocas semanas de la emisión de *Secretos de la reina perdida de Egipto*. Esta noticia fue el tema de un artículo destacado en el *New York Times*^[1], seguido por una multitud de reportajes en la televisión y la prensa. Sin embargo, seis meses después, todavía los científicos continuaban intentando confirmar de forma definitiva la identidad de la momia a partir de las evidencias que Hawass había publicitado con tanta rotundidad. Pero algunos periodistas comenzaron a sospechar cuál era su juego; cuando Hawass anunció en

agosto de 2007 el descubrimiento de la que podría ser “la huella humana más antigua que se ha encontrado”^[2], tal vez de unos dos millones de años de antigüedad, los periodistas no mordieron el anzuelo. Esta vez solo consiguió un breve comentario en el *Washington Post* y ni una sola palabra en el *New York Times*.

Sensacionalista o no, Hawass ha catapultado a Egipto hasta el primer plano del panorama cultural internacional y ofrece una imagen de su país distinta a la de la corrupción, la pobreza o el terrorismo de los fundamentalistas musulmanes. Esto le ha acarreado muchos enemigos, entre ellos, los que dicen que Hawass se lleva todo el crédito por el trabajo de otros, rivales que se quejan porque él deniega injustamente permisos de excavación, y otros que lo tachan de instrumento de los norteamericanos. Hawass no presta la menor atención a sus críticos. Goza del apoyo del presidente Hosni Mubarak, quien parece reconocer que la promoción de todo lo faraónico en el extranjero es un modo inteligente de potenciar la lucrativa industria del turismo.

Pero en los últimos tiempos, Hawass ha encontrado otra vía para promover su agenda cultural: exigir la devolución de los tesoros perdidos de Egipto. Es el tema más importante que le motiva hoy en día y el principal trasfondo de su cruzada por que Egipto sea reconocido como una nación culturalmente responsable. En abril de 20 07, Hawass comenzó a exigir seriamente el retorno de cinco objetos emblemáticos de origen egipcio en calidad de préstamo: la piedra de Rosetta, que está en el British Museum; el famoso busto de Nefertiti, del Museo Egipcio de Berlín; el zodiaco de Dendera, del Louvre; la estatua a tamaño natural de Hemiunu, el arquitecto de la gran pirámide, que está en Hildesheim, Alemania; y la escultura de Anjaf, arquitecto de la segunda pirámide más grande de Giza, que se halla en el Boston Museum of Fine Arts. Todos estos objetos salieron de Egipto en diferentes momentos^[3] y

bajo diferentes circunstancias. La piedra de Rosetta data de la invasión napoleónica de 1799 y pasó a manos de los ingleses cuando estos derrotaron a los franceses. El busto de Nefertiti fue cedido a Alemania por el arqueólogo alemán Ludwig Borchardt en la década de 1920, a través el sistema de *partage* , o reparto de hallazgos arqueológicos. Hemiunu fue descubierto en 1912 por la expedición de Hermann Junker, y obtenido legalmente para el coleccionista alemán Wilhelm Pelizaeus, que había financiado la excavación. Anjaf fue encontrado en su tumba cerca de Giza por arqueólogos que, bajo la dirección de George Reisner, excavaban para la Universidad de Harvard y el museo de Boston en 1925, y Boston recibió la estatua como resultado del *partage*. Y el zodiaco de Dendera del Louvre fue arrancado violentamente del techo de un magnífico templo; un ejemplo de la frenética apropiación de tesoros que llevaban a cabo las potencias europeas durante el siglo XIX.



Busto de Anjaf, el arquitecto de la segunda pirámide más grande de Giza
(© de la fotografía: Boston Museum of Fine Arts, Boston, 2008).



El yacimiento donde se encontró Hemiunu, el arquitecto de la gran pirámide de Giza, retratada al fondo (© de la fotografía: Sharon Waxman).

Hawass no se interesa demasiado por la disparidad de sus procedencias. Él considera que estos cinco monumentos están exentos de cualquier convenio internacional y de cualquier protección porque hayan sido comprados legalmente; son parte integrante del patrimonio cultural egipcio, arguye, y es necesario que estén en Egipto. Hawass envió cartas a los cinco museos solicitando estos objetos en préstamo por tres meses, a tiempo para la apertura del Gran Museo, una estructura de trescientos cincuenta millones de dólares que está siendo erigida junto a las pirámides, y cuya inauguración está prevista en 2012. Él esperaba que todos rechazaran su petición, lo que le permitiría seguir despotricando públicamente contra ellos,

pero ninguno fue tan estúpido como para morder el anzuelo.

“¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que dicen?”, me preguntó excitado en el café Abou Ali, cuando le dije que había estado en el Louvre, en el British Museum y en el Met, indagando acerca del préstamo de las antiguas obras maestras solicitado por Egipto. “¿Qué dice Philippe de Montebello? ¿Le gusto?” me preguntó, refiriéndose al director del Met.

¿Qué le importaba eso a él? Aquello no era un concurso de popularidad, y de haberlo sido, Hawass nunca lo habría ganado. Su manera de acercarse al cerrado mundo de los museos ha sido vociferar y avergonzar a los museos occidentales, rompiendo por lo general todas las normas del tacto y del decoro. En un discurso pronunciado en el British Museum durante una cena de gala, en la que él era un invitado de honor, le exigió a dicho museo que devolviera la piedra de Rosetta, diciendo que el gran faraón Ramsés II se le había aparecido en sueños y le había pedido que trajese a casa la piedra de Rosetta. Reclamó la devolución de Nefertiti a los alemanes en un momento improvisado, en frente de Mubarak y del presidente alemán, Horst Köhler, durante la inauguración de una exposición de los *Tesoros hundidos de Egipto* en Berlín en 2006. Y amenazó a europeos y norteamericanos con un embargo sobre los permisos de excavación y la cooperación entre museos si no accedían a sus demandas. Tras sus comparecencias, muchas veces suele guiñar un ojo o sonreír como quien tiene plena conciencia de estar actuando para lograr un efecto.

De momento, los museos habían adoptado una postura cautelosa, aunque la impresión general que daban en las entrevistas era la de una extrema suspicacia. Consideraban que la solicitud del préstamo era una suerte de truco publicitario -y en eso tenían razón-, y un gambito preliminar

en el proceso de conseguir el regreso permanente de los objetos. En eso también tenían razón.

Hawass se molestó especialmente por la reacción del museo Roemerund-Pelizaeus en Hildesheim, Alemania, que alberga la estatua de Hemiunu. “Hildesheim escribió que nos la darán”, dijo, “pero quieren a cambio piezas del Viejo Imperio para una exposición. Yo les he dado antes muchas piezas sin pedirles nada”. Boston contestó a la carta de Hawass: estaban contemplando la cuestión. El British Museum respondió que llevaría la solicitud ante el consejo de administración, y el Louvre estaba considerando el asunto.

“No tienen derecho a negarse”, dijo, chupando enérgicamente un narguile, una pipa egipcia de agua con picadura de tabaco aromática. “El Louvre se meterá en problemas si no nos presta el zodiaco. Detendré todas las excavaciones francesas en Egipto y toda cooperación científica”.

Tan solo Berlín había dado a entender que probablemente rehusaría, diciendo que el busto de Nefertiti –sin duda la más reconocible e icónica de las piezas– era demasiado frágil para viajar. Hawass se mofó de esto. “Esta pieza ha sido expuesta en otros lugares. Nosotros les enviamos cincuenta objetos de Tut y algunos no estaban en buenas condiciones. Pero creemos que la gente debe ver estas piezas. Hoy en día se puede empaquetar cualquier cosa frágil y enviarla a cualquier parte”, dijo. “¿Cuál es su objeción? ¿Tienen miedo de que no se la devuelva? No somos los piratas del Caribe”.

Varios egiptólogos que por lo general están de parte de Hawass han sugerido que su método punitivo es contraproducente. ¿Realmente quiere impedir que los franceses aporten a Egipto sus conocimientos y sus recursos financieros? ¿No necesita toda la financiación que pueda conseguir? Todo esto impacientaba a Hawass, y

realmente solo tenía unos pocos minutos para atenderme antes de contestar una llamada a su móvil. “Es solo por tres meses”, dijo, como el más razonable de los hombres. “Yo abro las puertas de mi país a descubridores, investigadores que escriben libros, artículos. Enviamos nuestros mejores objetos a sus museos. No es justo que nos digan que no”.

En cualquier caso, dice que no tiene el más mínimo interés en que las excavaciones continúen. “No es bueno para nosotros, nada bueno. lo bueno es conservar, administrar los emplazamientos. Las excavaciones no me ayudan. Lo que me ayuda es preservar lo que tenemos. No necesito sus descubrimientos. Están mejor bajo tierra. Christiane Ziegler [una conservadora del Louvre] encuentra momias en Sakkara y tiene que dejarlas allí mismo, en los pozos. Es mejor tenerlas bajo tierra. Las excavaciones sirven más a la gloria de Ziegler que a la gloria de Egipto”.

Hacia finales de año, Hawass había hecho algunos progresos: Hildesheim retiró sus condiciones y accedió a efectuar el préstamo. Pero el Louvre se negó, alegando que el zodiaco no podía ser trasladado sin sufrir daños. Boston rechazó su petición por un motivo similar: Anjaf no podía viajar en su estado actual. Los británicos continuaban pensárselo. Hawass entró en un paroxismo de improperios: “Todo eso son mentiras”, rugió por teléfono. “Voy a hacerle la vida especialmente difícil a ese museo”, dijo refiriéndose al Boston Museum of Fine Arts. “Son unos cretinos. Consiguen todas las piezas que quieren. Pueden obtenerlo todo gratis. Habría que castigarlos. Les impediré trabajar en Egipto, por completo, oficialmente”.

Le dije a Hawass que si los británicos se mostraban escépticos ante la idea del préstamo era debido a que en realidad él parecía pretender una devolución permanente. Él se rió. “Es que me gusta bailar con los ingleses”, dijo. “Pensé que debería bailar con ellos antes de besarlos. Antes de joderlos”.

En los cinco años que lleva a cargo del Consejo Supremo de Antigüedades, Hawass ha modificado mucho la actitud de Egipto hacia sus antigüedades. Y quiere modificarla mucho más, tan rápido como sea posible. En primer lugar, prohibió cualquier nueva excavación en el Alto Egipto (la región arqueológica situada a lo largo del Nilo, al sur de El Cairo) y confinó las nuevas excavaciones en la zona mucho menos explorada del Delta del Nilo, aunque las que se iniciaron antes de la prohibición sí continúan. Instituyó un programa para entrenar a nuevos arqueólogos, envió a investigadores prometedores a estudiar en el extranjero y trajo a Egipto a expertos reconocidos para elevar aún más el nivel profesional. Inició un programa infantil en el Museo de El Cairo para cultivar el interés de los más jóvenes por la historia faraónica y convenció al Ministerio de Educación de que exigiese un estudio más serio del Egipto antiguo en la enseñanza primaria. Y lo que es más importante, mandó hacer por primera vez un inventario completo de las cuantiosas posesiones del museo, una tarea que no había sido emprendida desde principios del siglo XX. Inició planes de administración en los abarrotados y generalmente maltratados sitios turísticos de Egipto, como, por ejemplo, en el Valle de los Reyes. Todas estas medidas le valieron la admiración de gran parte de la comunidad arqueológica internacional.

Pero es mucho lo que le queda por hacer. En una entrevista, Hawass se refirió a la famosa inversión de quinientos millones de dólares que ya está en marcha en Egipto, para construir veintidós museos por todo el país y llenarlos con obras maestras, un plan que suena demasiado ambicioso, en el mejor de los casos. También propuso leyes para recrudecer las sanciones por tráfico de antigüedades robadas, que permitieran a Egipto demandar a personas en el extranjero y que registrasen como propiedad intelectual

nacional los derechos sobre monumentos como las pirámides.

Las ideas y proyectos de Hawass avanzan a un kilómetro por hora, pese a que él es un hombre que va siempre deprisa. Está intentando compensar cien años de indolencia, de inercia burocrática y de relegación colonial de los intereses locales. No es poca cosa lograr tales objetivos en un país que continúa estando entre los más pobres del mundo. Con una población de ochenta millones de personas, Egipto es la nación más grande del mundo árabe, donde un tercio de los adultos son analfabetos, y un tercio de la población tiene menos de catorce años. El PIB per cápita de Egipto es de cuatro mil doscientos dólares^[4], aproximadamente una décima parte del de los países occidentales industrializados, y apenas superior al de Cuba y Siria. El presupuesto del gobierno para la preservación de monumentos es una relativa miseria. Cualquiera que pretenda cambiar el sistema puede pensar que la tarea es imposible y que, lógica mente, depende de los millones de dólares enviados por los gobiernos extranjeros y sus museos, así como de los miles de millones que proceden del turismo. Pero Hawass está dispuesto a morder la mano que le da de comer. Es un empresario nato, capaz de tomar decisiones con la rapidez de un rayo y de despachar una serie de tareas con la eficiencia de un economista. Es frecuente verlo con el móvil en una mano y el teléfono de la oficina en la otra, firmando una miríada de documentos y vociferando órdenes en árabe y en inglés. Entre lo uno y lo otro, se dedica a la investigación académica, y con una caligrafía árabe alargada redacta en un bloc de hojas amarillas el prólogo de algún nuevo libro.

El estilo de Hawass es mucho más norteamericano que egipcio, y probablemente no sea casual que le encante Estados Unidos y que pase allí la mayor parte de su tiempo en el extranjero, en lugar de ir a Europa, que le parece